

## ¿Por qué existe el mal?

Son muchos los que no llegan a creer en Dios porque dicen: si Dios existe y es bueno, no puede querer el mal. Porque si Dios quiere el mal no es bueno, y si es bueno y no quiere el mal, y mal existe, es que no puede evitarlo, por cuánto no es omnipotente: luego no es Dios. Pues si Dios cuidara de nosotros no habría padecimientos en el mundo.

Contra esto tenemos que decir, en primer lugar, que las penalidades provienen frecuentemente de nuestras faltas: tendríamos menos que sufrir si fuéramos más moderados en nuestros deseos, más razonables en nuestros proyectos, más sobrios y templados en nuestra vida. Ciertamente Dios permite el dolor, ya para hacernos espigar nuestros pecados, ya para probar nuestra fidelidad así en la desgracia como en la dicha, ya finalmente para deshacernos de este mundo de destierro y obligarnos a considerar el cielo como nuestra verdadera patria. Así vemos, por ejemplo, como los males del cuerpo son generalmente debidos a las culpas del hombre ¡cuántas enfermedades son el resultado de la sensualidad y de la intemperancia!, son una expiación que la naturaleza impone a los que infringen sus leyes.

Hay otros males que son consecuencia de las leyes generales establecidas por Dios para el gobierno del mundo: un hombre cae en el fuego y se quema. ¿Está obligado Dios a hacer un milagro para impedir este accidente?

Por último, los males físicos, a los que nos referimos, pueden venirnos también directamente de Dios: sea como castigos por faltas cometidas o como pruebas para hacernos adquirir méritos, sea como medios de que Dios se sirve para convertirnos y despegarnos de los quiénes terrenos, y así ganar el cielo.

¡Cuántos hombres se perderían embriagados por los placeres del mundo!, y sin embargo Dios los detiene por la prueba, por la ruina, por las desgracias; el sufrimiento es para ellos lo que los azotes para el niño. Con el dolor se convierten. Nada aproxima tanto el hombre a Dios como el sufrimiento.

Entiendo. ¿Pero si Dios cuidara de nosotros podría existir el mal moral, o sea, el pecado? Sí; porque Dios no es la causa del mal moral, del pecado, al contrario, lo detesta y castiga, pero lo permite para dejar al hombre el uso de su libre albedrío y para sacar bien del mal.

Dios no es la causa del mal moral; Dios nos ha creado libres, lo cual es un bien; el pecado es el abuso de nuestra libertad y en eso consiste el mal. La libertad viene de Dios, el abuso del hombre; el mal, es la consecuencia del mal uso de la libertad otorgada hombre. Dios llama a todos los hombres a la virtud para coronar a todos en el cielo, pero a su servicio no quiere sino voluntarios; a nadie le gusta ser amado violentamente, a la fuerza. Y eso deja la posibilidad de utilizar mal la libertad, o sea, la posibilidad del mal.

Es indudable que Dios tendría un medio radical para impedir el mal, y sería quitarnos la libertad; pero entonces ya no habría mérito. Ahora bien, hay más

gloria para Dios en tener criaturas que le sirvan voluntariamente, que tener máquinas dirigidas por una fuerza irresistible para impedir que el hombre sea un malvado; ¿es preciso reducirlo al instinto y convertirlo en bestia? No; Dios lo ha hecho libre a fin de que fuera bueno y feliz.

Además, Dios permite el mal para sacar un mayor bien; así ha permitido el pecado original para repararlo con la Encarnación; ha permitido la malicia de los judíos contra nuestro Señor Jesucristo para salvar el mundo; permite las persecuciones para hacer brillar el heroísmo de los mártires. El mundo se vería privado de grandes bienes si el mal no existiera. ¿En qué consiste el día en que Dios saca del pecado? Consiste 1º, en que lo hace servir a la de los designios de su providencia; 2º, en qué hace brillar su bondad atrayéndose nuevamente al pecador, o su misericordia, perdonándolo cuando se arrepiente, o su justicia castigando sus crímenes; 3º, en que el pecador, cuando se convierte, repara los ultrajes hechos a Dios con su penitencia y humillación voluntarias y a veces haciéndose más virtuoso y afirmándose más en el bien.

Pero la prosperidad de los malos y los sufrimientos de los justos y de los inocentes, ¿no niegan, acaso, la Providencia divina? No. Porque no es cierto que todos los malos gocen de prosperidad y todos los justos sufran tribulaciones. Los bienes y los males de este mundo son, en general, comunes a todos los hombres; además no hay en el mundo hombre tan malo que no haga alguna buena obra durante su vida, como por ejemplo amar a su cónyuge y a sus hijos, y Dios se lo recompensa dándole la prosperidad aquí abajo, reservándose castigar sus pecados en la eternidad del infierno; del mismo modo no hay hombre tan justo que no cometa algunas faltas. Dios se las hace espiar en la tierra, reservándose premiar sus virtudes eternamente en el cielo.

Hay también pecadores que viven en prosperidad porque Dios quiere atraerlos por la gratitud, o premiarles aquí en la tierra el poco bien que han hecho, si deben después ser condenados eternamente. A veces, sin embargo, Dios castiga aun aquí, y de una manera ejemplar, a los escandalosos y a los perseguidores de la Iglesia. También hay justos en la prosperidad, según los hechos lo atestiguan, pero no se ven libres de sufrimientos, porque los sufrimientos y pruebas de esta vida están destinados: 1º A despegar a los justos de todos falsos bienes de esta tierra. 2 A hacerlos entrar en sí mismos para mejorarlos y perfeccionarlos. 3 Para hacerles adquirir más méritos y por consiguiente mayor felicidad eterna. 4 Para hacerlos más semejantes a Jesucristo modelo de los escogidos. 5 Para hacerles espiar sus pecados en este mundo, donde las deudas con la justicia divina se pagan de una manera mucho menos penosa que en el purgatorio. Fuera de esto, el justo es ordinariamente más feliz porque goza de la paz del alma, mientras que el malvado es presa de sus remordimientos y de sus pasiones tiránicas.

Dios es paciente; por eso no castiga inmediatamente a los malos, porque si castigará el vicio aquí en este mundo y aquí también recompensará, el hombre no practicaría el bien sino por interés.

Qué habéis hecho a Dios, preguntáis, para que me mande tantos males ¿Acaso los mártires y los santos, que han sufrido tanto, le habían hecho algo? Sus sufrimientos no eran para ellos un castigo, sino una prueba y porque salieron victoriosos de las pruebas de Dios, los ha coronado con corona inmortal en el cielo. Dios no ha hecho el dolor, que fue introducido en la tierra por el pecado,

causa de todos los males que se sufren en esta vida o en la otra; pero Dios saca bien del mal y se vale del sufrimiento para salvarnos. El sufrimiento sirve para convertirnos, para hacernos espiar nuestros pecados, para hacernos adquirir méritos y alcanzar el cielo.

Dios elige a los malvados como carpinteros de la inmensa cruz de la Redención, de la que su Hijo quiere permanecer suspendido y sangrante hasta el final de los tiempos, para atraer a Sí a todas las gentes, y permite el odio estéril y la diabólica ansia de destrucción de los tiranos y los perseguidores de la Iglesia; y mirad, ved los buenos frutos: la alegre resignación y la dulce paciencia de los corderos, que quieren seguir al Cordero de eternidad en eternidad. Las ruinas humanas, señaladas por su gracia, se convierten en compañeros de destino del Hijo suyo en el Gólgota. Así es como la humanidad flagelada lleva la corona triunfal del Varón de Dolores hacia el glorioso desfile del juicio universal. Pero Dios va más lejos y corona como mártires y santos a las víctimas de la violencia bruta y de los atropellos; Dios bendice su lucha y sus derrotas; sigue a lo lejos con la mirada las profundas caídas en los abismos de la humillación; y sonrío ante su terror infantil porque conoce su elevación futura. Por otra parte, Dios se vuelve con todo su poder contra los desalmados, campeones de la injusticia, a quienes ha concedido poder y libertad para crucificar a los hijos de sus escogidos. Dios ha medido el tiempo de los malvados y cuando ve que la medida de los pecados está colmada, los arroja de sus tronos para saciarlos, a su vez, de tormentos. Pero el repudio de Dios deberá curarles. Por ello, con infinita paciencia, Dios espera y esperará hasta que pueda recoger a todos los hijos pródigos y estrecharlos contra su corazón de Padre que nunca ha cesado de amarlos. Pero también existen quienes, en su arrogante lucha contra el amor de Dios, persisten en el mal hasta el fin. Constituyen el negro escuadrón de los condenados por toda la eternidad. También su maldad es trocada por la mano, ahora fuerte y férrea de Dios, en testimonio de Su Divina Justicia. El rechinar de dientes de los condenados no se atenuará nunca y proclamará eternamente que fue justo el castigo de Dios.